GT 23: Filosofía de la Educación en el Uruguay del Siglo XX

Por una nueva reforma educativa: educar en valores

Lía Berisso

Departamento de Filosofía de la Práctica, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Udelar.

lberisso@adinet.com.uy

Como enseñaba Carlos Quijano, «Un país es una tradición y un proyecto, la tradición se está ahí, quietecita y poco, en ocasiones nada, tiene que ver con las celebraciones que se le consagran (…) mirar el pasado es necesario. Construir para el futuro es la tarea»[1]. Una identidad será auténtica, si refleja un proyecto nacional —de todos—, en el sentido en que Artigas usaba la expresión roussoniana, «la voluntad general».

A largos años de la opción de las mayorías por un gobierno progresista, la educación sigue ahí, anticuada y enrollándose sobre sí misma, con chispazos, como el Plan Ceibal que no alcanzan a una puesta al día con la revolución científico-tecnológica en curso y el consiguiente cambio del modo de producción que ya asoma.

Hay demasiadas preguntas sin respuesta, listemos algunas.

1. Qué entendemos por educación democrática.
2. Quién educa: los padres o el estado: (respuesta primaria: los padres y el estado: Educamos todos).
3. Qué pasa con la educación y la vida cotidiana
4. Dónde ha quedado la función social y personal del educador: la vocación de educar.
5. En qué valores: para qué sociedad. Cuál es el lugar de las humanidades en la educación Las dudas y las certezas. Sin inglés e informática quedamos afuera del mundo. ¿Es el plan ceibal una respuesta suficiente?

[1] Carlos Quijano, «Patria chica y patria grande», *Marcha*, 31 de mayo de 1974.

6. El proyecto de sociedad que queremos ¿es el mismo el que queremos todos? Cómo enfrentamos el problema de las dictaduras de la mayoría. Queremos hablar de valores para la libertad. ¿es la libertad el valor supremo? ¿cuál libertad, que tipo de libertad? Qué hacemos con el tiempo libre, una de las formas más poderosas de la libertad. Y ¿cómo se distribuye ese tiempo libre?
7. Tolerancia, diálogo, eficiencia, desarrollo de las aptitudes personales, qué lugar ocupan: Hay que enfrentar la discusión de una teoría de las virtudes en el siglo XXI. ¿Son las virtudes eternas? ¿Hay niveles de urgencia?

Es necesario repensar la formación de la juventud desde nuestras raíces. Hay muchos investigadores, nosotros también, investigando el pasado, pero el pasado sólo cobra sentido desde el presente, esa delgadísima hoja que separa el ayer del futuro, ese futuro que ya está aquí. Creemos que revitalizar los hallazgos de Pedro Figari en torno a la inseparabilidad de arte e industria, su visión de la unidad de arte, ciencia y cultura así como retomar los experimentos del movimiento de la Nueva Escuela, con su pléyade de maestros comprometidos con el país y el niño, constituye un camino. Como universitarios reconocemos la importancia crucial de rescatar la enseñanza media, y realizar plenamente la parcialmente realizada, pero aún lejos de su culminación 2ª Reforma. Y aunque resulte patético, hay que decir, que sin presupuesto no hay nada.

I. La preocupación (política, organizativa) por la democracia, la inclusión y la igualdad, parecen no ir mucho más allá del nivel declarativo.

Debemos formular claramente de qué trata la democracia, cuál es la democracia que queremos (que quieren las grandes mayorías aquí en el Uruguay). Si el cambio que se pretende en esa democracia es meramente una nueva gestión —y con distintos gestores, los de nuestro partido, bueno de nuestra coalición política, que no importa si es o no la nuestra, es la que está al frente del Estado—, decimos que es una nueva gestión de lo mismo. ¿Podría ser un cambio radical, una democracia nueva?

El modo de producción capitalista burgués ha atravesado distintas etapas, que se van sucediendo a un ritmo cada vez más acelerado:

1. el capitalismo del *laissez faire,*
2. el capitalismo de los monopolios,
3. el imperialismo,
4. el capitalismo tardío

5. la globalización, etapa en la cual vivimos.

Una 6ª etapa emerge lentamente, no nos vamos a dedicar aquí a caracterizarla, no es el lugar. Queda claro que

> Una formación social jamás perece hasta tanto no se hayan desarrollado todas las fuerzas productivas para las cuales resulta ampliamente suficiente y jamás ocupan su lugar relaciones de producción nuevas y superiores antes de que las condiciones de existencia de las mismas no hayan sido incubadas en el seno de la propia sociedad.[2]

Asistimos al comienzo, dificultoso, como todos los comienzos, de lo que podemos llamar una nueva etapa del capitalismo, y que quizás, ahora sí, sea la última y alumbre un nuevo modo de producción cuyas condiciones de posibilidad están dadas en lo material, por la espectacular revolución científico-tecnológica, que aún continúa ampliándose y no ha alcanzado su cenit.

La cuestión es que las condiciones estricta o crasamente materiales no son suficientes, es necesario adicionar condiciones *espirituales* en el imaginario social y niveles de formación cultural que permitan la expansión de las fuerzas productivas. Esas condiciones *espirituales* radicadas en la imaginación (o el imaginario que no es exactamente lo mismo) de los individuos y la sociedad, —la cual no es el mero agregado de los individuos que la componen— y se configuran desde las vertientes de la tradición y la educación formal e informal.

La emancipación y la (des) igualdad están especialmente en nuestro momento histórico, relacionadas con la información y el conocimiento, que establecen un abismo, prácticamente infranqueable entre los que saben y los que no saben.

Sin embargo, para ponerlo en términos del filósofo francés Jacques Rancière, «Lo que embrutece al pueblo no es la falta de instrucción, sino la creencia en la inferioridad de su inteligencia. Y lo que embrutece a los «inferiores» embrutece simultáneamente a los «superiores»[3]

La cuestión no radica en dar más y más información, se trata de liberar las inteligencias, embotadas, embrutecidas, negadas, no sólo de los sin-educación sino especialmente de los que han sido educados en una escuela, en un liceo, ¡ay! también en Universidades que el mayor servicio que prestan a la comunidad, como instituciones

---

[2] K. Marx, [1859] *Contribución a la crítica de la economía política*, Siglo XXI, México, 5ª ed. en castellano, 1997. Prólogo, p. 5.

[3] J.Rancière, [1987] *El Maestro ignorante. Cinco lecciones sobre la emancipación intelectual,* Libros del Zorzal, Buenos Aires, 2007, p.58.

educativas es la sujetación de los educandos, su adaptación a las condiciones de injusticia social que se naturalizan —en la educación formal, en las aulas, y en la educación informal, mediada por las familias, la televisión, la propaganda por las más diversas vías, las redes sociales, los usos y abusos de internet, etc.

Esa sujetación y esa naturalización, que se muestra entre otros fenómenos, en la aparición de preferencias adaptativas y en la negación de la propia inteligencia. Los niños que ingresamos al sistema educativo para que devengan sujetos de sus propias vidas, resultan embrutecidos y sujetados.

Surgen por lo menos dos cuestiones,

1. qué entendemos por emancipación. Podemos adoptar la definición de Rancière: parafraseándolo, y ajustando un poco: la emancipación es la toma de conciencia de la igualdad de naturaleza del hombre genérico, de la igualdad de todos y cada uno de los humanos en lo que refiere a la inteligencia: todos somos igualmente inteligentes

En este sentido, nos reencontramos con Hume: la inteligencia es esclava de las paciones, enseñaba Hume; "*el hombre es una inteligencia al servicio de una voluntad*", dirá Rancière[4].

Emanciparnos (personal y colectivamente) es devenir auténticos en el sentido del vocablo griego *authentes* que significa dueño(s) de sí mismo(s)

2. una situación que hoy se plantea en forma urgente: que el supuesto saber —que se certifica en la Academia— está puesto en cuestión, por el saber de los 'ignorantes', profusamente informados. La filosofía y la teoría educativa se dirigen hacia los 'ignorantes'. Pero, los ignorantes de ayer, pueden hoy cuestionar el saber de los mandarines, desde las posibilidades infinitas de la red informática, el dominio de lo visual sobre el libro impreso y la capacitación tecnológica indispensable para sobrevivir en el mundo del trabajo.

El capital necesita niveles más y más altos de capacitación especialmente tecnológica pero también científica y necesita niveles más y más altos de identificación del trabajador con la empresa. La eficiencia deviene una exigencia más y más firme. Los saberes necesarios al proceso de acumulación se expanden. La dominación asume formas nuevas.

La cuestión de la inclusión social resbala: el trabajo, mediación de la vida de los hombres con la naturaleza, deviene no-trabajo, en las masas crecientes de los excluidos y

[4] Ibid., p. 76.

en los ni-ni (ni trabajan, ni estudian) que tampoco son pocos, aunque sean una parte minoritaria de los excluidos, y estén parcialmente integrados frecuentemente a través del trabajo de otros, y son apabullantemente jóvenes en su mayoría.

La inclusión se da a través de los modos de vida cotidiana, de los *ethos* prevalecientes en las distintas capas sociales y del consumo preferido (que expresa 'las preferencias manifiestas' en tanto que manifestadas).

Los otros, los incluidos, tal vez nos cuestionamos y queremos remediar esa carencia (la vemos como carencia) la falta (la vemos como falta). No está suficientemente claro, a mi manera de ver si los implicados lo viven como carencia y/o como falta. Muestra una falla que atraviesa las formas de convivencia social asociadas al modo de producción capitalista en la etapa, que se aproxima lenta pero ciertamente a su fin.

Por último una tercera cuestión, la de los medios masivos de comunicación, y en particular la 'educación informal' que es impartida desde la caja boba, la incidencia de la propaganda y la temática de los usos y abusos de las redes sociales, y de Internet en general. El maestro no puede competir con esa enseñanza informal. ¿Educar en valores? Los valores son los dominantes, esto es los de la clase dominante. El niño, el joven, nosotros que ya somos viejos, no podemos escapar al bombardeo constante. El libro dificilmente compite con internet. Hay que aceptar que la revolución cultural está aquí y tal como se pasó de la oralidad a la oralidad y la escritura, tal como se pasó del rollo sólo accesible a unos pocos al libro de bolsillo, las cosas están cambiando.

Pero la igualdad de la inteligencia humana en todos los humanos no ha cambiado; cuando llegue la ingeniería genética a esos extremos, será todo muy diferente. Hoy somos iguales y el odio a la democracia se asienta en la no aceptación de esa igualdad, en su represión, su ocultamiento.

II. Educación democrática: el miedo a la democracia

El miedo a la democracia expresa el miedo (el odio) a la libertad (del otro, de los otros) y principalmente a la igualdad de todos y cada uno. Los iguales son libres: se reconocen unos a otros y cuando forman un pueblo, allí se instala, se expresa, la fraternidad.

Por eso el miedo a la democracia es miedo a la fraternidad de los iguales, así entre nosotros hace 200 años, al pueblo «reunido y armado» de la gesta artiguista.

No es lo mismo hablar en términos de *multitudes* o *pueblo* o *(la) gente*. Expresan actitudes y valoraciones distintas. Un trasfondo vinculado al concepto de hombre. La *gente* se expresa en el presente —en casos como el de los *indignados*— como auto-

convocada, no articulada por instancias partidarias, con pretensiones fuertes de participación y un reclamo de reconocimiento, un tanto desarticulado.

La tríada de la Revolución Francesa, Libertad-Igualdad-Fraternidad se opone a la tríada neoliberal (o del consenso de Washington, que en una forma más política —más presentable— esto es más decente, dice lo mismo): Libertad (negativa), Igualdad (ante la ley), Propiedad.

La libertad que pretenden los pueblos no se limita a libertad negativa, es también libertad de ser, «libertad de ser libre» decía Rousseau, la libertad para el florecimiento humano.

El miedo es el miedo de los poseedores, de los que se benefician del trabajo ajeno, de los que subvierten el trabajo, como mediación de la vida del hombre con la naturaleza, en trabajo esclavo, como forma material, en explotación del hombre por el hombre. Es también el miedo en los explotados, que introyectan al explotador. El miedo es factor de poder.

La esclavitud en el modo de producción capitalista burgués se limita a un tiempo, el tiempo que vende por un salario el trabajador. No es exacto hoy, ya no vende «su fuerza de trabajo», más ajustadamente, vende su tiempo productivo como fuerza de trabajo.

Claus Offe lo condensa en un fómula que ha sido repetida de diversas maneras: Tiene poder el que puede espera (*Macht hat, ver warten kann*). Sólo el que puede esperar —el que «tiene tiempo»— domina sobre el tiempo del otro: la dominación «descansa en la microorganización del espacio y del tiempo».

Una cuestión urgente hoy, es el poder de los sin poder, de los esclavos que se quedaron sin amo, de los desocupados, de los ni-ni, de los excluidos del mundo.

El mundo de la producción, se muestra como algarabía de las lenguas diferentes en el capitalismo globalizado. Mientras la acumulación continúa, y la muerte —la flaca del esqueleto al viento y la hoz en la mano— da una vuelta, cosecha como trigo maduro a los prescindibles —nosotros— hasta otra vuelta de tuerca, cuando baja el telón, cambian el decorado, y todo sigue igual, nada cambia, ¡señoras y señores!, la fiesta continúa y la acumulación —de eso se trataba—, la acumulación continúa, con nuestra sangre y nuestro sudor, con nuestra corporeidad exprimida, en el trabajo alienado.

> La humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, pues, bien miradas las cosas, vemos que estos objetivos sólo nacen cuando ya se dan o por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización[5]

[5] K. Marx, *Contribución a la crítica de la Economía Política*, op. cit., «Prólogo», idem.

Estamos ante el cambio del modo de producción. Han cambiado, están cambiando de una manera arrolladora las condiciones materiales de la producción. «¿Para qué futuro educamos?» Se preguntaba la maestra uruguaya Reina Reyes a comienzos de los 70. No avizoraba nuestro futuro. El futuro es una ola gigante que aún no llega a lo más alto de sí y se desplomará en espuma, dejando a los sobrevivientes desnudos, como llegaron a este mundo: «*inter faeces et urinam nacimur*». No sabemos qué nos aguarda, como (en tanto que) humanidad. Estos procesos llevan tiempo, y lo que venga, siempre puede ser peor que lo conocido.

«¿Qué hacer?», *c*omo titulaba Lenin. Nosotros, ¿qué podemos hacer? Llorar no es una actitud muy *viril*; la mujer en el parto generalmente grita, muy rara vez llora. Descartemos el llanto, sólo un poco más de agua salada. Parece que no hay alternativa: hay que luchar: *los días de gloria han llegado*. De los cobardes no se cuenta nada («llegará Efialtes y pasarán los medos» dice el verso de Cavafis).

Nosotros, demasiado blandos, tal vez un poco gordos, lentos, agarrados a nuestras falsas seguridades y nuestros pretendidos compromisos, ¿podremos algo? Pues ese algo, es todo lo que podremos, la triste medida de nuestro poder, como sociedad que llega a su fin.

III. La cuestión de los valores ¿hay en nuestra sociedad valores compartidos?

Es una pregunta por lo menos grave. No pretendemos aquí volver a la vieja cuestión del análisis de las virtudes; esa cuestión, la de las virtudes se revuelve hoy con la cuestión de la eficacia, que como valor ha sido apropiada por los liberal-conservadores, en nuestro imaginario se asocia al taylorismo y el estajanovismo, y es necesario redefinir.

Si eficacia no es simplemente el óptimo de Pareto (el pretendido lugar —en términos topológicos— donde alguno está mejor y ninguno peor), es indispensable hablar de una eficacia nueva, asociada a la alegría del trabajo bien hecho y el desestímulo del desperdicio, del derroche del tiempo (principalmente el tiempo de los otros), las prácticas de lo descartable, donde los hombres mismos (los otros) se vuelven descartables.

En nuestra sociedad persisten rasgos detectado en períodos anteriores, el *no-te-metás*, la *cola de paja*, el clientelismo y el amiguismo, la búsqueda del *empleo seguro*, que se resume en el *empleo público*, una cierta sordidez, *la moral de misia Paca*, *somos pobres, pero que no se note* y hasta el traído y llevado chiste de las gallinas, …*Pero gallinas tengo*, que expresa en forma risueña y amarga el divorcio entre los discursos, llenos de buenas intenciones y las prácticas.

La vergüenza y hasta la furia contra los marginales —los planchas, los jóvenes, los de los asentamientos, los marginales— que no acatan estas normas, que son entre otras cosas descarada e indecentemente pobres. Sigue siendo el nuestro un país de capas medias, orgulloso de su sistema educativo, que se pretendía vehículo de ascenso social y de hecho lo fue, durante un tiempo.

El sistema educativo está en crisis, una crisis profunda, estructural, que arranca de mucho tiempo atrás y que hunde sus raíces en los problemas no resueltos del país, económicos, sociales, culturales. No se adapta entre otros problemas, a los requerimientos del mercado de trabajo y no se va adaptar, cuando los niños que hoy se encuentran al comienzo de la educación primaria, culminen sus estudios, a los requerimientos que se avizoran para entonces. Por otra parte no retiene a los estudiantes, los índices de deserción son sorprendentes, alarmantes —deberían alarmar—, ni siquiera funciona bien como depósito, guardería ni lugar de socialización.

¿Soluciona algo el Plan Ceibal? Indudablemente es un aporte valioso, pero quien educa no es la escuela, no es la computadora, …(necesitamos locales adecuados, laboratorios adecuados, computadoras, y nadie va a pretender formar médicos sin disponer de una morgue o ingenieros electrónicos sin osciloscopios, por marcar extremos absurdos) todo contribuye pero, *el horcón del medio* es el maestro, junto al alumno, en el aula y esto es así en razón inversa, tal vez, a la edad de los educandos, pero no se cancela en la Universidad.

El maestro corpóreo, real, no sólo virtual. El proceso educativo necesita del contacto personal, de la relación, personal y personalizada. Necesita de maestros y profesores, en los distintos niveles, mejor formados y moralmente motivados y económicamente sustentados (no puede educar bien el maestro angustiado por el pago de la factura de la UTE).

Una de las medidas urgentes para mejorar la enseñanza es mejorar el cociente, la así llamada relación docente/estudiante: a cuántos estudiantes atiende cada docente durante cuántas horas.

Otra medida urgente es mejorar el nivel de los docentes y también su compromiso en la labor docente. Esto implica recursos económicos y una mejora en los centros de formación docente. Invertir en la formación magisterial, en la formación de los Profesores de Enseñanza Secundaria y por qué no en la formación de los docentes universitarios, que se realiza de una manera tradicional y depende en muchos casos de impulsos individuales, que están bien, pero podrían articularse de una manera más eficaz.

Allí fuimos a toparnos con la eficacia. ¿por qué en el Uruguay, donde el nivel de la comunidad matemática es muy alto (uno de los pocos territorios de excelencia en el país) tenemos tantos chicos con dificultades en matemática, que le tienen horror, porque «no se les da», «no entienden», «son difíciles».

Uno de los pocos valores que son ampliamente compartidos, y que caracterizan a nuestra sociedad es la tolerancia (¿cuánta y hasta dónde?).

Se puede afirmar que los valores democráticos son —tal vez no tan ampliamente— compartidos. La última dictadura se impuso por la fuerza y la represión más brutal y sangrienta que se ha conocido en la historia del país. Pero duró más de una década. Aunque la represión sea mucha es indispensable, para mantenerse un período tan largo cierto grado de legitimación. Es necesario además comprender que no todos los uruguayos hablan de lo mismo cuando utilizan el término 'democrático'.

¿Es la solidaridad un valor compartido? ¿Cuán compartido es? ¿Entendemos todos lo mismo cuando utilizamos el término 'solidaridad'?

¿Y el amor y respeto a la justicia?

¿La igualdad? ¿de qué? ¿la mera igualdad frente a la ley? ¿de oportunidades, de resultados? ¿La igualdad de inteligencias, como la afirma Rancière? ¿La igualdad de género? ¿la igualdad de los diferentes? ¿de todos, de cuáles?

Así la cosa puede seguir y queda claro que no es una mera cuestión de hacer encuestas y sacar conclusiones rápidas, obviamente disparatadas.

Un análisis de los valores compartidos requiere de un análisis multidisciplinarios, de por lo menos sociólogos, psicólogos de diversas escuelas y formaciones, filósofos, educadores y hasta politólogos y políticos, con un amplio etc. Un análisis institucional y nacional.

El respeto a las Instituciones *que nosotros mismos nos hemos dado* es un valor —compartido ¿en qué grado?—, comprometido en esa búsqueda.

IV. Toda educación habrá de ser educación artística.

Filosofía de la educación en un uruguayo del 900, Pedro Figari. Querríamos aquí presentar el pensamiento educativo de Figari, y marcar la vigencia de ese pensamiento.

Para Figari toda educación ha de ser educación artística, porque arte es todo recurso de la inteligencia que se aplica a la mediación del organismo vivo —en especial el hombre— con la naturaleza.

Son procedimientos y recursos, inteligentes, para satisfacer necesidades. «El arte es un arbitrio de la inteligencia para mejor relacionar el organismo con el mundo exterior»[6]

Lamentablemente, no irá en esta presentación, nos comprometemos a hacerlo en otras instancias. Han quedado muchas cosas en el tintero.

Para terminar, no vamos a dar cifras, para hablar de los niveles de urgencia, de la necesidad de una reforma educativa, ya. Educación y justicia son palabras inseparables. Educación para la democracia. Democracia es demopedia. Toda emancipación, personal y social pasa por allí. Por descubrir la igualdad de los humanos, que tiene su raíz en la igualdad de la inteligencia humana, en todos los hombres, propia del ser genérico, y devolver a los brutalizados por el sistema su lugar, que poseen de pleno derecho en él demos, y les ha sido sustraído en largos siglos de educación como sujetación y servidumbre humana.

¿Dónde ha quedado la función social y personal del educador ¿aún hay vocación de educar? ¿Quién educa?: Los padres, los pares, el Estado, la televisión, Internet, … ¿Quien tiene el derecho y el deber de educar? ¿Cual es el lugar de las humanidades en toda educación? Se trata ante todo de formar ciudadanos, y eso en todos los niveles educativos. Se trata también de formar trabajadores hábiles, que puedan sustentarse a sí mismos y a sus descendientes en las primeras etapas de sus vidas, y puedan contribuir eficazmente a la cooperación social, tomando su parte de los bienes y las cargas que se generan en esa cooperación. Que estén preparados para los grandes cambios que están operándose en el mundo —particularmente en el modo de producción— y sean libres de constricciones injustas para florecer, en relación fraternal con los otros hombres

[6] P. Figari, [1912] *Arte, Éstetica ,Ideal*, Biblioteca Artigas, Ministerio de Instrucción Pública y …, Montevideo, 1960, T.1, p. 24.